

de mujer y de francesa»,³⁰ instintivamente percibió que «los párrafos encendidos» de Larrea sujetaban el «encomio» de Vallejo a consideraciones *sistemáticas* propias del *exégeta* y que ella tenía sobrados motivos para juzgar ajenas al sujeto, u objeto, de su *exégesis*. Todo lo que, a partir de ahí, y hasta su propia muerte, Larrea escribiría sobre Vallejo no haría sino ahondar y apuntalar la tesis ya explícitamente formulada en *Profecía de América* de un «significado conjunto de la vida y de la obra» del peruano, acordado al «esquema trascendental» (TC, p. 30) de una «teleología de la Cultura» que «situaba en Latinoamérica el centro de la inminente y eminentemente humana Apoteosis» (*id.*, p. 50).

Hay dos cosas que no se le pueden negar a Larrea: la coherencia³¹ y la pertinacia. En cualquiera de los poemas de Vallejo, de *Los Heraldos Negros* a *España, aparta de mí este cáliz*, que, en un momento dado, resolvía someter a examen —admití que a menudo con mucha intuición del detalle—, lo que realmente le importaba era la relación que, de una manera u otra, mantenía con el «ente» total vallejiano tal como él lo definía: «*Quienes conocen de veras a Vallejo no se interesan por los valores estrictamente literarios de sus escritos, sino por éstos en cuanto expresión de su persona*» (CVHCR, p. 14);^{31 bis} y seguidamente: «Su persona es lo que nos atrae y conmueve envolviéndonos en la red angustiosa de sus palabras». Por lo cual, el comentario de Larrea no tardó en vehicular, junto con la imagen del Vallejo «niño» que, si bien padecía de «ingénita propensión parasitaria», «tenía el don comunicativo de lágrimas» (*id.*),³² la de un Vallejo poeta *sistemático*, el cual nunca tuvo, «como es lógico», «conciencia plena ni reflexiva de lo que decía» (AV 2, p. 241), pero que no dejó por ello de seguir, «en el desarrollo de su proceso», una serie de «etapas», exactamente *tres*, cuya secuencia se revelaba retrospectivamente «cristalina» para quien aceptaba el «punto de vista» —el *sistema*— de su intérprete (*id.*, pp. 239-41): «Es obvio que de la *tesis*³³ del comienzo» —manifestada en *Los Heraldos Negros*— «Vallejo ha pasado —con *Trilce*— «a la antítesis»;³³ no lo es menos que —en sus poemas de 1936-37— «ha rebasado» la antítesis «para proyectarse» a una «situación tercera o de *síntesis*»³³ (*id.*, pp. 245-50).

Todo para llegar a los perentorios asertos del *proemio*, distribuido a lo largo del volumen, de la *Poesía Completa* de Barral: «No ha de ser fácil para todos admitirlo. Mas la presentación correcta de Vallejo ha de sostener, de entrada, que éste no es un poeta como los demás»; el suyo «es un fenómeno probablemente único; nació aparte, vivió aparte y murió aparte» (PCB, p. 9). «Los últimos tiempos de Vallejo consistieron en una contienda getsemánica interior entre la concentrada pequeñez de su personaje físico y lo desorbitado de su conciencia metafísica, sustancialmente extra-individual» (*id.*, p. 135); «y aquí la equivalencia correlativa, en el plano psicológico, del caso vivido con

³⁰ Cosa que Larrea, desde luego, le censuraba (por ejemplo, en AV 11, p. 271), pero que, en ciertos casos, como el presente, tuvo su algo de útil.

³¹ Descontando algún «desliz», como el que señalé en mi nota 27 o, más arriba, en la interpretación del caso Doris...

^{31 bis} La cursiva es mía.

³² «Era un auténtico valle de lágrimas, la personificación de ese valle donde Vallejo nunca había dicho que lo trajeran» (CVHCR, p. 14). Entretanto, Vallejo: «¡Me han confundido con mi llanto!»

³³ La cursiva es mía.

Vallejo con la del fundador del Cristianismo, revela su autenticidad deslumbradora» (*id.*, p. 137).

Igual que en la carta de Th. Merton que cité al principio y de la que Larrea, en el intervalo (1965), se había valido para justificar ante el Consejo Directivo de su Facultad las actividades del Instituto del Nuevo Mundo (*TC*, pp. 52-3), no faltaba la referencia a Dante, a quien el Vallejo de Larrea debía su «idealidad *florentina*», adquirida en Trujillo, y un «concepto de la Poesía» que «expresamente» derivaba del «paradigma» de la *Vita Nuova* (*PCB*, pp. 32-3), sólo que había en Vallejo, en sus grandes poemas *teo- y teleológicos* «una *intensidad*» que «no parecía admitir paralelo ni siquiera con la» del autor de la *Comedia* (*AV* 8, p. 295), y que hacía de él algo así como un Super-Dante.³⁴

Es tiempo de aclarar que, aun cuando ambos coincidían en declararlo *único*, los juicios de Merton y de Larrea sobre Vallejo diferían profundamente. Por más que —según refiere Marco Pallis— su curiosidad en el campo intelectual lo llevaba fácilmente a «dejar sus entusiasmos anteponerse a su perspicacia», Merton era ante todo un místico, preocupado en preservar los fueros de la vida contemplativa de los asaltos de «la antireligión moderna», con su «activismo», su «relativismo» y su «obsesión colectivista». Si veía en Vallejo al Dante de los tiempos modernos por lo que tenía de *escatológico*: «con un profundo sentido del fin y además de los nuevos comienzos», lo entendía en el sentido que siempre ha dado al «fin», así como a «los nuevos comienzos», la tradición *ortodoxa*: el Juicio de este mundo, su destrucción por el «fuego», y, luego, la epifanía de un «nuevo cielo» y de una «nueva tierra», substancialmente *otros* que los que conoció el hombre *histórico*, producto de la última fase de la última Edad —Edad de Hierro, Edad Oscura— de nuestra Humanidad. Por algo Merton advertía que Vallejo, si bien los presentía, nada anticipaba «acerca de los nuevos comienzos».

El cristianismo de Larrea, al contrario del de Merton, era un cristianismo radicalmente al margen de toda *tradicción*, apegado a la dimensión *terrâquea* y presa de la *cronolatría* propia de la mente *moderna*. Daré un ejemplo, sin duda el de mayor significado: en sus comentarios de Vallejo, Larrea jamás distinguió entre la *unidad* y la *unanimidad*, dos nociones tan diversas, y hasta cierto punto antagónicas, confundiendo asimismo lo que pertenece al *Espíritu* y lo que simplemente atañe a la *especie*. Su *teleología* excluía la idea de un «fin» realmente «final», limitándose a apuntar a «un estado de cultura nueva», consecutivo a una «transformación» radical de «las estructuras psicoculturales» del «individuo humano» y de su «actitud ante sus semejantes y ante el mundo», que había de iniciarse en breve en tierras de Colón, para extenderse después a todo el planeta (*TC*, pp. 48 y ss.). Los «nuevos comienzos», sobre los que Vallejo había guardado silencio, figuraban para él un «más allá del tiempo y del espacio» al que, no obstante, asignaba tanto una *hora* como un *lugar*.

«El itinerario que progresa en la existencia de Vallejo con alusión a lo que desde el principio se define como *causa final* permite recorrerse holgadamente» (*PCB*, p. 699); «vendrá a definir la calidad del trance histórico correspondiente al punto de universalización».

³⁴ Recuerdo que Pessoa se había limitado, en 1912, a pronosticar para este siglo la aparición de un Super-Camoês.

